



LA MISERICORDIA EN LA NUEVA EVANGELIZACIÓN

Se me ha pedido esta reflexión, el título creo que es significativo: "Misericordia en la nueva evangelización".

Bueno, os voy a contar mi encuentro con la Divina Misericordia, porque cada uno ha tenido su forma de encontrarse con esa devoción de la Divina Misericordia. Mi encuentro tuvo lugar a los tres años del fallecimiento de San Juan Pablo II, que como bien sabemos es un padre de la Divina Misericordia. Él instituyó la solemnidad de la Divina Misericordia y Dios le concedió morir ya celebradas las vísperas del domingo de la Divina Misericordia; la Divina Misericordia se lo llevó para celebrar con él esa solemnidad en el cielo. A los tres años de su fallecimiento, en abril del 2008, se celebró el primer Congreso Mundial de la Divina Misericordia en Roma. Fue en buena medida el Cardenal Schönborn, el Cardenal de Viena, el que organizó aquel encuentro, y allí acudí yo. Ese fue mi bautizo, en aquel lugar entrañable, inolvidable. Y allí estaba también el que había sido el secretario de San Juan Pablo II. Supongo que os acordaréis de él, que después fue Cardenal Arzobispo de Cracovia. Entonces, en aquel gran congreso, estábamos en San Juan de Letrán con una asistencia impresionante. Y él hizo votos por la elevación a los altares de Juan Pablo II, que tal cosa ya ha acontecido como bien sabemos, y también hizo votos por la proclamación de Juan Pablo II como patrono de la nueva evangelización.

Cuento esto por el hecho de que esta charla que os comparto tiene este título: "La Misericordia en la nueva evangelización". Debería nombrarse a San Juan Pablo II patrono de la nueva evangelización. Fue de sus labios de donde salió ese término el 9 de marzo de 1983, cuando el Papa estaba en Haití y, dirigiéndose a los obispos del CELAM allí reunidos, dijo la siguiente frase:

La conmemoración del medio milenio de evangelización tendrá su significación plena si es un compromiso vuestro como obispos, junto con vuestros presbíteros y fieles; compromiso, no de reevangelización, pero sí de

una nueva evangelización: nueva en su ardor, nueva en sus métodos, nueva en su expresión.

Él fue el que pronunció ese término, llamando ya no sólo a evangelizar. Estamos en cambio de época tan grande que pide más. No estamos en una época de cambios, sino en un cambio de época. El cambio epocal que está aconteciendo en las últimas décadas es impresionante. Dijo "hace falta hacerlo con estas tres características: nueva evangelización en su ardor, en sus métodos y en su expresión".

La nueva evangelización, decía, tiene que ser como una prolongación del grito de Cristo en la cruz: "Tengo sed". Cristo tiene sed de darse a comunicar; tiene sed de que el amor de Dios sea conocido, de que Dios sea conocido y amado. Cristo tiene sed, y la nueva evangelización tiene que nacer de ahí para que esté bien planteada.

Porque a nosotros, cuando hablamos de nueva evangelización, enseguida vamos a temas prácticos: "hagamos un curso sobre métodos de evangelización". Claro que hay que explorar los métodos, claro que es importante ver en qué lugares está funcionando, eso siempre será importante. Pero antes de hablar de métodos, él dijo: lo primero es un nuevo ardor. Tiene que nacer de ese corazón de Cristo que dice: "Tengo sed". Tiene una sed rabiosa, una sed que solamente puede ser saciada con las almas que conocen a Dios y que aman a Dios. Por eso **la nueva evangelización es la expresión práctica de cómo saciar la sed de Cristo** ¿Cómo podemos hacer para saciar esa sed de Jesucristo? Llevando adelante una nueva evangelización. Este es el punto clave.

Hay que decir que San Juan Pablo II diseñó una nueva evangelización no tanto como quien cree que las nuevas técnicas van a ser las que tengan la clave. Nosotros enseguida pensamos en técnicas de comunicación: si consiguiésemos hacernos presentes en redes, si consiguiésemos viralizar un mensaje... Siempre pensamos que la clave está en los métodos, y es verdad que San Juan Pablo II dijo también: "nuevo en sus métodos y en sus expresiones". Pero ¡jojo!, primero dijo: "con un renovado ardor". Antes que con nuevos métodos y con nuevas expresiones, primero dijo: "un renovado ardor". Cualquier planteamiento de nueva evangelización que no nazca de aquí, que no nazca de la convicción de decir "Señor, dame un corazón enamorado", será falso, será artificial, será postureo, será buscarnos a nosotros mismos, será buscar tener seguidores... Una nueva evangelización tiene que nacer de un corazón enamorado, y un corazón enamorado tiene en el

Corazón de Cristo su modelo. Jesús está profundamente enamorado del Padre. **El enamoramiento de Jesús es el Espíritu Santo, y nosotros tenemos que arder en deseos de que Dios sea amado y conocido, latir al unísono con el Corazón de Jesús en su deseo de la salvación de las almas.** Esto es lo principal, ya casi con esto podía callarme, porque todo lo demás que vayamos a decir ya va a ser secundario.

Fijaos que dice Mateo 10:11:

Y no os preocupéis en cómo, por cómo os vais a expresar o qué vais a decir, que el Espíritu Santo pondrá en vuestros labios las palabras adecuadas.

Es como decir: tú, sobre todo, enamórate, porque solo los enamorados enamoran. Gasta más tiempo en enamorarte de Dios que en buscar técnicas de comunicación. Y, como os podéis imaginar, no estoy con esto despreciando las técnicas de comunicación, que son necesarias. Pero todo debe nacer de lo primero que dice San Juan Pablo II: "un renovado ardor". Arder con el corazón de Cristo.

Dicho esto, vayamos también a lo segundo. Y lo segundo es: ¿cuáles tienen que ser los métodos? A la hora de decidir los métodos de la nueva evangelización, vamos a distinguir la acogida, la propuesta y el acompañamiento: **acoger con entrañas de misericordia, proponer la misericordia de Dios al mundo y acompañar con el corazón misericordioso.** Voy a desarrollar estos tres puntos: acogida, propuesta y acompañamiento.

Primero, **la acogida.** La acogida será clave porque cada vez vamos a ver con más claridad que quien viene a nosotros, en principio viene de cero. Antes podíamos suponer que el que viene, el que hace una primera visita, entendía muchas cosas; pero cada vez más hay que empezar de cero, del ABC. Podría contaros muchísimas anécdotas que me han hecho caer en cuenta de que hoy en día, a la hora de evangelizar, tenemos que partir de cero, no podemos dar nada por supuesto. Recuerdo una anécdota que no olvidaré, y es que siendo párroco en Zumárraga antes de ser obispo — estoy hablando de hace tiempo —, estando con un grupo de jóvenes explicándoles el primer mandamiento: "Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu mente, con todo tu ser", de repente uno de ellos me dijo: "¡Qué egoísta! ¡Todo para él, todo para él!". Yo me quedé perplejo: "¿cómo dice?... pero bueno, este chaval... pero ¡qué salida!, ¿pero cómo ha sido capaz de decir eso?". Te parecía una falta de respeto tremenda la que había tenido, pero caí en la cuenta de que no era una cuestión de falta de respeto, es que él no tenía sentido de la trascendencia de Dios. No tenía

sentido de la trascendencia. Había que empezar a explicarle: "¿Tú eres consciente de que tú y yo existimos porque Dios nos ha creado? ¿Y que si Dios ahora dejase de sostenernos en la creación volveríamos a la nada? ¿que nuestra existencia es un milagro, que existimos porque Dios nos ha dado a luz? La existencia es un milagro de Dios". Me daba cuenta de que tenía que explicarle el ABC, para que después pudiese decir: "Amarás a Dios con todo tu corazón, con toda tu mente, con todo tu ser", porque no tenía conciencia alguna de ello.

Nosotros nos hemos introducido en la trascendencia cuando nuestros padres nos llevaban a una Iglesia y entrábamos en un lugar sagrado. Ahí nuestra madre hablaba bajito y entendíamos que habíamos entrado en un lugar especial, un lugar sagrado porque nuestra madre susurraba, hablaba bajito, y eso ya te daba un sentido de la trascendencia de Dios. Pero no es el caso de las nuevas generaciones a las que nos dirigimos: ellos parten de cero. Esa es la realidad. Quizás es verdad que habrá muchos sectores en la sociedad española en los que hay un problema de anticlericalismo, que se ha caricaturizado la vida de la Iglesia, que se la ha sembrado de antipatía, y que algunos tienen como una especie de vacuna contra el cristianismo porque se les ha llevado a que les resulte antipático por toda la manipulación mediática. Eso es verdad. Pero yo diría que todavía hay un sector bastante más amplio que en realidad lo que no tienen es conocimiento alguno. Parten de una no-educación en el sentido de la trascendencia, y por lo tanto tenemos que tener entrañas de acogida.

La primera forma de evangelizar es acoger con los brazos abiertos, con esa conciencia de que tenemos que hacer un primer anuncio. Y el primer anuncio muchas veces es acoger con cariño y hacer ver que esa persona nos importa, que la queremos, que tenemos entrañas de misericordia para ella, para que llegue a poder tener una experiencia de Dios. Quizás el primer paso es que esa persona se dé cuenta de que su vida nos importa, que nos preocupamos por ella, que le preguntamos sobre su vida, si su abuela está enferma, lo que sea, que nos acercamos a ella con una verdadera preocupación, que esa persona es importante para nosotros, que empleamos tiempo en sus cosas. Decía San Juan Bosco: "Si tú quieres que a los jóvenes les interese lo que a ti te interesa, comienza también por interesarte tú por lo que a ellos les interesa". Porque si no, cómo vas a pretender que ellos hagan ese esfuerzo si tú primero no te has metido en su mundo. Tendrás que meterte primero en su mundo, en su corazón.

¿Entonces por dónde comienza la nueva evangelización? Por encontrarnos con la persona que sale al camino de nuestra vida e interesarnos por ella, y que se dé cuenta de que tenemos un interés verdadero por ella, de que en ella hemos descubierto a alguien en que Dios está presente y

nos interesamos por ella. Por ejemplo, quizás en nuestras comunidades debiéramos de cuidar, y en algunos lugares ya comenzó a hacerse, habría que encomendar a alguien que tenga el ministerio de la acogida, de acoger a las personas. Como muchos ya sabéis tengo un hermano que fue director de Radio María, sacerdote, que tiene un año más que yo. Me contaba no hace mucho la siguiente anécdota. Estaba él haciendo una partida de matrimonio allí en Guipúzcoa de un matrimonio joven que habían venido de Centroamérica, y estaba teniendo una conversación con ellos. Se dio cuenta de que sí conocían los conceptos de la fe, y entonces les preguntó:

- ¿Vosotros vivís vuestra fe?
- Sí, sí – le respondieron.
- ¿Sois dominicales?
- Sí, sí, nosotros vamos siempre a la Eucaristía.

Y se sorprendió porque no les conocía, y les preguntó. Y ellos le dijeron:

- ¿Sabe lo que pasa?, es que vamos con los evangélicos, pero nosotros somos católicos. Lo que pasa es que cuando vinimos por aquí y, bueno, pues nos sentamos en los asientos y no sé, nadie nos preguntó nada. Y luego fuimos a la catedral también, vimos ahí a su hermano el obispo, y, bueno, pues, nos sentamos y tampoco nadie nos dijo nada. Y luego fuimos a los evangélicos y, como nos invitaron a sentarnos allí con el ministerio de música y a cantar y eso, ahí cantamos y vamos con ellos. Pero somos católicos. O sea, nosotros somos católicos".

Y decía mi hermano: "A ver, que la anécdota es muy significativa porque quizás la primera manera de hacer el primer anuncio es acoger a la gente". Nosotros nos hemos acostumbrado a que está convocada la misa, hay misa a las 8, el que quiera que vaya, que se siente y cuando termine, que se vaya. Quizás en este momento las cosas no puedan ser así. Cuando alguien llega a un sitio, se sienta ahí, y es como quien ve un rato de espectáculo y se va. No, tendrá que ser acogido, alguien tendrá que decirle: "Bienvenido, ¿quiere sentarse aquí? ¿quiere entrar?"; tendrá que preguntarle de dónde es, de dónde viene, alguien tendrá que interesarse por él, tendrá que haber una pastoral de acogida, que le hagan sentirse en casa.

Esta es una clave de la forma de dar el primer paso a la hora de hacer presente el misterio de la Divina Misericordia. A Dios le importamos, yo le importo a Dios. Fijaos, lo que este mundo tiene que descubrir es ya no sólo que Dios existe, sino que yo existo para Dios, que yo a Dios le importo. Y para que a esa persona le hagamos entender que Dios le quiere, que es muy importante para Dios, también tiene que ser importante para nosotros. Se lo tenemos que manifestar, lo tiene que entender en nuestra manera de dedicarle tiempo, en nuestra manera de mirarle, de acogerle. Es un primer paso clave.

Vamos a hacer un poco de autocrítica. Cuando la Iglesia ha sido fuerte y teníamos una multitud de fieles que más o menos estaban bajo nuestras normas, hemos puesto muchas veces muchísimas normas un poco inventadas por nosotros, que quizás no sé si son la forma más adecuada de tener el primer encuentro con gente un poco alejada. Por ejemplo, alguien se acerca y se le dice: "No, perdón, el despacho es de 7 a 8 menos cuarto", "No, perdón, los bautismos son el segundo domingo en la misa de tal, no le toca bautismo hasta ese día". Y así podríamos decir un montón de normas más. Y ahora que nos hemos dado cuenta de que bajan tanto los matrimonios, de que bajan tanto los bautismos, empezamos a caer en cuenta de que no estamos para poner muchas normas a la gente y que igual hay que hacer un esfuerzo por acercarnos.

Quizás esto tenía que haber sido así desde el principio, porque estamos hablando del primer contacto con alguien que muchísimas veces está alejado y entonces lo que tiene que recibir de nosotros, la idea que tiene que recibir de nosotros, no es: "me he acercado a un sitio en el que todo está organizado y hay un montón de normas y te sumas o, si no, no tienes sitio", sino: "me he acercado a un sitio en el que me han querido, en el que me he sentido querido". ¿Te imaginas que dice: "no, es que trabajo en la fábrica y salgo tarde"?, y se le responde: "No se preocupe, ya voy yo a su casa a visitarle, y allí hacemos la preparación del bautismo". Cambiaría la cosa, de repente tú has entrado en su hogar, le has acogido, te has adaptado a él, a sus circunstancias. La acogida es la primera forma para expresar la misericordia que Dios tiene con nosotros. El estilo de nuestra acogida a quienes están alejados tiene que estar configurado por ese pasaje de Isaías que el mismo Jesucristo cita en Mateo 12:19:

La caña cascada no la quebrará, la mecha humeante no la apagará.

Es decir, que si viene alguien que tiene algo de fe, que tiene un cierto deseo de Dios, quizás nuestra acogida no puede ser maximalista, sino que tiene que partir de la divinidad e intentar no quebrar la caña cascada sino ir la fortaleciendo; y si el pábilo está humeante, no terminar de apagarlo sino fortalecerlo.

Jesús, en el estilo que tuvo de acoger a los alejados, no se limitó a acoger con cariño a quienes se acercaban a Él, no se limitó a colmar las expectativas de las personas que se acercaban a Él, sino que al mismo tiempo, con paciencia, les iba abriendo los horizontes. Jesús entraba con la suya, para después hacer lo que decía San Juan Bosco: "Si tú quieres que el joven ame lo que tú amas, comienza tú por amar lo que él ama". Eso también lo hacía Jesús al paralítico, ése al que descolgaron con la camilla delante de Jesús, para poderle hacer entender que su principal problema era que tenía unos pecados que necesitaban ser perdonados, de lo cual no era muy consciente; de lo que era consciente era de que "que yo estoy en la camilla y lo que necesito es que me curen". Y Jesús entra a resolver la necesidad que tiene ese hombre de sanación, para después hacerle entender que necesita una sanación más profunda. "Para que veas que el Hijo del hombre tiene poder de perdonar los pecados, a ti te digo: levántate, coge esa camilla y echa a andar". Pero fijaos: "para que veas que el Hijo del hombre tiene poder de perdonar los pecados". La gran necesidad que tiene el hombre es el perdón de sus pecados, pero no es eso lo que él percibe en un primer momento; lo que él percibe son unas necesidades más perentorias. Y nosotros tenemos que salir en socorro de esas necesidades más perentorias. Y cuando alguien se haya sentido suficientemente acogido y amado, entonces descubrirle que la verdadera misericordia de Dios es el perdón, que el mayor de todos los dones es el perdón. Es lo que hace Jesús con la samaritana, tiene la paciencia de entrar con su lenguaje para finalmente hacerle entender que la sed que tiene esa mujer es una sed de la gracia, es una sed del perdón de Dios.

Por lo tanto, primer paso en este método de la nueva evangelización: la acogida, un estilo de acogida, un estilo de un amor incondicional. Para lo cual, por cierto, muchas veces necesitaremos también mortificar nuestros estados de ánimo, porque lo que no puede ser es que mis estados de ánimo condicionen eso. Que, por ejemplo, alguien tuvo mala suerte porque cuando fue a ver al párroco éste tenía un mal día y entonces se pegó una desahogada. No puede ser que nuestro primer encuentro con la Iglesia esté supeditado a que tuve mala suerte y me encontré con la catequista, o me encontré con el párroco, que ese día tenía mal día y de repente me cayó una bronca. No puede ser. Para poder ser testigo de la misericordia de Dios necesitaremos mortificar nuestros estados de

ánimo. La mortificación más agradable que podemos ofrecerle a Dios es la de nuestros estados de ánimo: no velar, no tapar la misericordia de Dios por nuestro estado de ánimo. Y eso supone una disciplina interior y supone una negación de nosotros mismos, un *agere contra* que dice San Ignacio de Loyola. Ser siempre cariñoso con todo el mundo supone una gran disciplina interior por encima de mis estados de ánimo, por encima de muchas cosas. Ser simpático algunas veces con algunas personas, eso es fácil; pero ser cariñoso siempre con todos, eso supone una disciplina interior grande y es totalmente necesario para esta acogida que requiere el método de la nueva evangelización.

En segundo lugar: **la propuesta**. La propuesta que hacemos no es nuestra, nosotros no tenemos un producto propio. Yo no te estoy vendiendo nada mío. Si uno piensa: "Tú me quieres vender lo tuyo" "Aquí vengo yo a vender mi libro", olvídate de eso. Yo voy a ser testigo de lo que Dios me ha mostrado a mí. Entonces, **nuestra gran propuesta, la propuesta que hacemos, es la Revelación de Dios, Jesús**; la Revelación de Dios es la propuesta que hacemos al mundo.

Hay un texto, Lucas 22:31-32, que dice:

Simón, mira que Satanás ha solicitado el poder cribaros como trigo, pero yo he rogado por ti para que tu fe no desfallezca. Y tú, cuando hayas vuelto, confirma a mis hermanos.

Es decir, que de lo que se trata es de que nosotros, por encima de nuestras tentaciones, venciendo esas tentaciones, al final mostremos al mundo el Evangelio, la proclamación del Evangelio. Ese es nuestro gran mensaje: el Evangelio. El Dios que se revela en nuestro mundo secularizado y relativista. Se suele pensar, se suele decir incluso, que los creyentes se creen en posesión de la verdad y que en el fondo la postura de un creyente es soberbia porque él, que se cree en posesión de la verdad, me quiere inculcar a mí su verdad en vez de respetarme la mía. Se hace esa reflexión: "que los creyentes en el fondo se creen en posesión de la verdad, y me vienen a mí con paternalismo a decirme lo que yo tengo que creer". Así lo percibe muchas veces la cultura actual, y nosotros tenemos que darle la vuelta a esa deformación de la realidad. Hay que decir que no es cierto que nosotros nos creamos poseedores de la verdad; la verdad, en todo caso, es Jesucristo, Él es la verdad. Y es la verdad la que nos quiere poseer a nosotros y ser nuestro Señor y dueño, y nos elige como siervos suyos, como instrumentos suyos, para anunciar ante el mundo el mensaje de la salvación. Yo no soy un poseedor de la verdad, Dios es la única la verdad suma y suprema; nosotros

somos humildes siervos y testigos de una verdad revelada. Lo que dice Madre Teresa de Calcuta: "Yo sólo soy un lápiz con el que Dios escribe una carta de amor al mundo". Y ya está. ¿Eso es soberbio? ¡Qué va a ser soberbio! Esa es la pura humildad. Y cuando un sacerdote predica el evangelio y predica el magisterio de la Iglesia y presenta la revelación de Dios, ¿dónde está la soberbia? Tiene que ser humilde, un humilde siervo de un mensaje del cual él no es dueño, sino que lo presenta humildemente. La verdad de Dios custodiada y transmitida sin que nosotros estemos contaminando esa verdad desde nuestras ideologías, sin que yo esté como seleccionando esas páginas del Evangelio desde mi sensibilidad.

Porque tenemos el riesgo de que, cuando uno predica el evangelio, predique no íntegramente el evangelio, sino que lo amolde a su sensibilidad, y tal cosa la debiéramos de rechazar contundentemente. Hay dos maneras de proclamar el evangelio o de acercarnos a la fe. La primera es que uno se acerca al evangelio o al magisterio de la Iglesia, y entonces aquellas páginas que le resultan más atractivas se centra en ellas, y las otras que no le dicen tanto las pasa rápido. Selecciona de la revelación de Dios con lo que más se identifica, lo que más le gusta, y lo otro no es que lo niegue, pero lo pasa rápido. La segunda forma de acercarse es distinta. Yo leo la Sagrada Escritura, yo leo el magisterio de la Iglesia y algunas páginas me resultan muy atractivas, pero otras me cuesta más entenderlas. Entonces, voy a procurar fijarme especialmente en las páginas que me cuesta más entender, porque eso quiere decir que yo ahí tengo una carencia.

Esta segunda forma de leer la Escritura, de leer el magisterio de la Iglesia, es necesaria porque es la manera de tener una visión íntegra de la revelación y no hacerme un Dios a mi medida desde mi sensibilidad y desde mis gustos, sino intentar conformar mi pensamiento y mi sensibilidad a imagen y semejanza de Dios y de su revelación. Esto es muy importante, porque cada uno tenemos una tendencia a hacer una recepción parcial de la revelación, y tenemos que estar plenamente abiertos. Unos, por ejemplo, son más sensibles al magisterio de la Iglesia porque hace referencia a la justicia social; otros son más sensibles al magisterio de la Iglesia en lo que hace referencia a la familia o la vida; otros son muy sensibles a la liturgia y al culto. Pero todo eso tiene que ser integrado sin que tengamos una recepción parcial, sino íntegra y plena de la revelación de Dios. Por lo tanto, nuestra propuesta tiene que ser humilde: yo no soy dueño de ese mensaje, soy un humilde siervo. Humilde porque no soy yo dueño de ella, soy siervo. E íntegra, no parcial, no según mi criterio, no según mi sensibilidad. Es importantísimo que el mundo vea que este es nuestro estilo de evangelización.

Hasta aquí, he dicho que lo primero es la acogida. En segundo lugar, una vez que hemos podido acoger a quien Dios ha puesto el camino de nuestra vida, acogerle empleando el tiempo que hay que emplear para querer, para amar, para interesarnos por las personas para que se sepan amadas incondicionalmente, después de eso, es cuando Dios nos da la gracia de poder dar ese paso de la propuesta, la propuesta de ser testigos de esa revelación que Cristo ha hecho en nosotros, proponiéndola humilde e íntegramente. Y en tercer lugar, **el acompañamiento**. Acompañando. Acompañar porque tenemos que ser conscientes de que la evangelización no es cuestión de un momento, sino de toda la vida. Y por eso, después de un anuncio, será importantísimo acompañar en el día a día a esa semilla que se ha sembrado, ver si crece, ver si en el fondo tiene piedras que tienen que ser extraídas para que pueda crecer y no secarse, o si tiene abrojos o zarzas alrededor que tienen que ser quitadas para poder ir creciendo; tiene que ser acompañada la semilla que hemos sembrado, tiene que ser acompañada.

Y el acompañamiento que se requiere yo creo que tiene una condición. Hace no mucho en Radio María un oyente me hizo una pregunta: "Quiero buscar un director espiritual. ¿Me podría dar usted alguna característica que yo debiera de buscar en el director espiritual?". Y se me ocurrió responderle: "Mire, la principal: que él esté acompañado, que él tenga director espiritual. Porque si va a ser acompañante tuyo alguien que no está acompañado, si va a ser director espiritual tuyo alguien que no tenga dirección espiritual, vamos mal".

Dios ha querido que no seamos autónomos, que necesitemos acompañamiento. Lo puedo decir yo mismo por mi propio testimonio, que a mí el Señor me da mucha más luz a la hora de ayudar a alguien que te pide consejos o te pide opinión sobre un aspecto. Dios te da luz para aconsejar a los demás, pero no te da la misma luz para ti mismo. Tú necesitas que alguien te acompañe. Dios no nos da luz para que seamos autosuficientes; nos da luz para ayudar a los demás, pero quiere que nosotros al mismo tiempo necesitemos el acompañamiento de otras personas. Entonces este es el primer punto: si yo tengo que acompañar a los demás ¿qué tendré que hacer yo? Pues ser acompañado. Y cada uno tiene que hacerse estas preguntas: ¿De qué manera yo me puedo acompañar? ¿A qué árboles me arrimo para que me custodie una buena sombra? ¿Dónde puedo beber y crecer? ¿Qué personas son para mí una referencia que puedo acercarme a ella y pedir un consejo? ¿Quiénes son los que tiran de mí para arriba, los que me hacen crecer, los que tienen palabras de discernimiento?

Los nuevos evangelizadores tienen que ser acompañados y acompañantes. Es la característica de este tiempo. Decía el Papa Francisco una expresión que yo he repetido muchísimo desde que la oí, decía él: "¿Qué es la fidelidad?". Y responde: "La fidelidad es la debilidad bien acompañada". La fidelidad no es ser un Superman, sentirse seguro de sí mismo. No, la fidelidad es ser consciente de que necesitamos ser acompañado, la debilidad bien acompañada. La vida cristiana es una carrera de resistencia. Yo escuché en una ocasión esta expresión: "Ser santo no es difícil, pero no es corto, es largo". Y me gustó. Dice que, a ver, ser santo no es difícil; Jesús dijo: "Mi yugo es llevadero y mi carga es ligera". Ser santo es sencillo, ser santo no es difícil, pero no es corto. Es algo que tiene que durar toda tu vida, hay mantener con perseverancia ese camino. La lucha por la santidad suele terminar más o menos 15 minutos después de haber fallecido. Esa perseverancia es la clave de la santidad. La clave de la santidad es la perseverancia en el seguimiento de Jesucristo, no es algo reservado para personas especiales con una capacidad de voluntad y de entendimiento. Eso no es verdad, eso no es cierto.

Por lo tanto, la clave está en el acompañamiento. Y en ese estilo pastoral del acompañamiento tiene que haber un equilibrio entre dos aspectos: tenemos que tener corazón paciente y ardiente, paciencia y al mismo tiempo ardor, las dos cosas integradas. ¿Y cómo se compagina eso?, porque claro, parece que son dos cosas contradictorias. No deben de ser contradictorias. Corazón **paciente**, tenemos que tener paciencia. En el Evangelio hay muchos textos que lo muestran:

Entraron en un pueblo de samaritanos para prepararle posada, pero no le recibieron, y al verlo Santiago y Juan dijeron: "¿Quieres que digamos que baje el fuego del cielo y los consuma?". Pero él, volviéndose, les respondió: "No sabéis de qué espíritu sois"

No tenéis paciencia. Hay que saber tener paciencia. Jesús fue muy paciente, acordaros de esas parábolas en las que decía: "Arrancamos esta higuera", "No, déjala un año más, dejar un año más, cabemos en torno a ella". Jesús tiene paciencia. A veces nos solemos enfadar con el silencio de Dios, que Dios no dice nada, y yo digo: menos mal que Dios tiene paciencia y se calla. Creo que la paciencia de Dios es nuestra salvación. Es una clave de ese acompañamiento, y tiene que ser tener paciencia contigo mismo y paciencia con los demás, con las personas que acompañas. Porque también muchas veces uno dice: "La persona que acompaño no sé si va para adelante o va para

atrás". De la misma manera que uno mismo dice: "No sé si voy para adelante o voy para atrás" porque uno suele ser mal juez de sí mismo y tiene que tener la infinita paciencia que solamente Dios sabe tener.

Pero al mismo tiempo que digo paciente, digo corazón **ardiente**. Y hay textos en el Evangelio que parecen contradictorios con los anteriores, porque fijaos que igual que en el Evangelio está el texto ése que dice: "No cortes la higuera, déjala un año más, vamos a cavarla", hay otro texto que dice: "Pasaron y vieron que la higuera no tenía fruto porque no era época, y como no tenía fruto, Jesús la maldijo y se secó". Los dos textos parecen contradictorios pero no lo son, sino que quieren iluminar dos cosas: el corazón de Jesús es paciente y ardiente. "He venido a prender fuego en la tierra y ¡ojalá estuviese ya ardiendo!". A veces la paciencia es la excusa que nosotros solemos argüir, argumentando "es que hay que tener paciencia" para caer en la indiferencia. Solemos decir: "Es que Dios es misericordioso, no pasa nada". A ver, un momento, no invoquemos la misericordia para justificar la indolencia o la indiferencia. No hagamos tal cosa. Caigamos en la cuenta de que una de las deformaciones de la misericordia en nuestro tiempo es que a veces invocamos la misericordia para quitarle el dramatismo al pecado. "Bueno, si Dios es misericordioso, si no pasa nada", a veces hablamos en esos términos. No invoques la misericordia para negar el drama del pecado. El pecado es un drama: es el drama del desprecio del amor de Dios.

Tenemos que ser pacientes, pero tenemos que ser ardientes y no hacer pacto con la mediocridad, no hacer pacto con la tibieza. En el fondo, un cristiano es aquel que no pierde nunca la esperanza de la santidad. Un cristiano es aquel que sabe que la santidad es un milagro a su alcance y que Dios se la va a dar. Dios puede hacerme santo, Dios quiere hacerme santo, luego lo va a hacer, yo lo espero y confío en ello, y Dios completará, completará su camino en mí. Por tanto, paciente y ardiente. Es el estilo de quienes están conformados por la misericordia de Dios.

En esta reflexión sobre de qué manera se lleva a cabo la nueva evangelización hemos comenzado con la conocida frase de San Juan Pablo II que decía: "Necesitamos una nueva evangelización: nueva en su ardor, nueva en sus métodos y nueva en sus expresiones" En sus expresiones. Yo os invito a todos a que pongamos el acento prioritariamente y por encima de todo en el enamoramiento del Señor, en que nuestro corazón se enamore de Él, en pedirle muchas veces en nuestra oración: "Señor, dame un corazón semejante al tuyo, plenamente enamorado de ti". Y que, cuando después nos pongamos a pensar de qué manera podemos evangelizar, en cómo llevar adelante nuestra evangelización, pensemos en estos tres conceptos:

- **Acogida:** Una acogida de amor y de un cariño incondicional.
- **Propuesta:** Una propuesta de la revelación en la que conozcamos profundamente, seamos unos conocedores profundos, del Catecismo de la Iglesia Católica que por cierto esta semana pasada se han cumplido 30 años de su promulgación. Y creo que el conocimiento profundo del Catecismo de la Iglesia Católica es el que nos permite tener una visión íntegra de la revelación y no parcial. Conocer profundamente el Catecismo de la Iglesia Católica para que la propuesta de revelación que hacemos tenga la capacidad de mostrar el rostro de Cristo en toda su riqueza, y no parcialmente,
- **Acompañamiento:** Y en tercer lugar, saber que para poder llevar adelante tal empresa hace falta toda la vida, toda una vida. Por lo tanto, acompañamiento, acompañamiento.

La vida es corta, pero es lo suficientemente larga aun siendo corta como para que no podamos permitirnos la equivocación de pretender hacer el recorrido de la vida sin acompañamiento. Necesitamos ser acompañados y, al mismo tiempo, salir al camino para acompañar a los demás. Pedir los dones del Espíritu Santo, pedir el don de consejo, pedir el don de sabiduría para poder discernir, para poder dar una palabra de sentido de sentido a quien la necesite.

Recuerdo con un cariño tremendo aquel congreso, y termino como he comenzado, que en aquella Iglesia de San Juan de Letrán a los tres años de la muerte de San Juan Pablo II, en aquel primer Congreso Mundial de la Divina Misericordia, allí se nos habló de que el corazón de Cristo desde el punto de vista semántico, bíblico-semántico, es sinónimo de las entrañas de Dios. El corazón es como las entrañas de Dios, porque es como volver a nacer de nuevo. El Señor nos mete dentro de Él y nos engendra, y nos permite nacer a una vida nueva. Entrar en el corazón de Cristo es volver a nacer de nuevo, son las entrañas de Dios que nos dan a luz.

Por eso decimos: "Señor, dame un corazón semejante al tuyo".